

## CAPÍTULO V.

### SUS ENTRETENIMIENTOS Y ESTUDIOS.

No satisfecho aún el poderoso espíritu de Leona con aquel altruismo y aquella religiosidad, buscaba nuevas esferas de acción, igualmente grandes y nobles, para gastar en ellas sus exuberantes energías. De aquí que Leona cultivara las bellas artes, las ciencias y la literatura.

Tuvo como maestro de dibujo y de pintura al pintor Tirado, probablemente cuando fué niña;<sup>1</sup> después, de joven, continuó practicando sola ambas artes; adornaban su casa varios cuadros y retratos hechos de su mano, unos dibujados y otros pintados,<sup>2</sup> que indicaban una mano hábil<sup>3</sup> y que, sin llegar á ser obras verdaderamente excelentes, no habrían parecido mal, sin embargo, en una galería de cuadros de mérito.<sup>4</sup>

1 A. P. Fernández de San Salvador. Razón citada.

2 *Ibidem*.

3 J. M. Sánchez de la Barquera. Biografía citada. Pág. 2.

4 C. M. de Bustamante. Necrología citada.

Gustaba de cantar, y aunque ella decía que cantaba «muy mal,»<sup>1</sup> como era sumamente modesta, no debemos darle crédito en esto.

Leona se complacía con estudiar la historia patria, y llegó á conocerla;<sup>2</sup> ignoramos desgraciadamente cuáles fueron las obras históricas que leyó, y sólo sabemos que guardaba entre sus papeles un escrito anónimo, donde se combatía tan rudamente la conquista de la Nueva España por los españoles, que, según el decir del señor Oidor don José Ignacio Berasueta, tal escrito podía causar á la religión y al Estado su total ruina;<sup>3</sup> no hay que olvidar, sin embargo, que las autoridades realistas identificaban siempre á la Monarquía con la Divinidad, y que por esto decían que quien contrariaba al Rey, impugnaba á Dios.

Leona sintió gran afición por los libros que trataban de política, y en ellos pudo adquirir conocimientos que, conforme manifestaba el Lic. don Carlos María de Bustamante en 1842, habrían hecho entonces la felicidad de los mexicanos, «si como ella cuidó de adquirirlos, ellos cuidaran de practicarlos.»<sup>4</sup> Uno de dichos libros fué la obra maestra de Fenelón, de la cual hablaremos después.

Estudiaba la «Idea del Universo,» que contiene la historia de la vida del hombre, elementos cosmográficos, viaje estático al mundo planetario é historia de la Tierra, por el P. Jesuíta Lorenzo Hervás y Panduro,<sup>5</sup> quien antes de escribir su obra, impresa en Cesena, durante los años de 1778 á 1787, consagró muy largo tiempo al estudio y á la meditación. No obstante, la «Idea del Universo» resultó muy inferior á la «Historia Natural General y Particular,» por Georges Louis Leclerc Buffon, Conde de Buffon, publicada desde 1749 hasta 1804, que igualmente estudiaba Leona,<sup>6</sup> y que es un monumento de enseñanzas profundas sobre el origen, desarrollo, variaciones y degeneraciones del globo y de los seres que lo pueblan, desde el infusorio hasta el hombre: obra de la cual dicen los escritores de aquella época que fué acogida favorablemente por las mu-

1 Confesión con cargos que se le tomó. En la causa ya citada, instruída en su contra.

2 C. M. de Bustamante. Necrología citada.—J. M. Sánchez de la Barquera. Biografía citada. Pág. 2.

3 Confesión con cargos, citada, de la misma Leona.

4 Necrología citada.

5 Declaración de doña Francisca Fernández. 15 de marzo de 1813. En causa citada, instruída contra Leona Vicario.

6 Declaración citada de doña Francisca Fernández.—Declaración de doña Mariana Fernández. 15 de marzo de 1813. En la propia causa.

jerres, que se sentían encantadas al leer, sin mengua de su decoro, un libro tan imponente y no falto de muchas cosas libres y detalles que las interesaban en grado sumo.

Leona leía producciones literarias de autores alemanes, españoles, ingleses y franceses; pero no tenemos la lista de todas, y únicamente sabemos que entre ellas se contaban el «Nuevo Robinsón,» por Joachim-Henrich Campe; <sup>1</sup> las Obras del M. R. P. M. Fray Benito Gerónimo Feijoo; «Clara Harlowe,» por Samuel Richardson; «La Huerfanita Inglesa,» por Mr. Pierre-Antoine de La Place; las «Aventuras de Telémaco, hijo de Ulises,» por el Arzobispo de Cambrai, François Salignac de La Mothe-Fenelon, y un libro vagamente designado con el título de «El Carlos,»<sup>2</sup> que tal vez haya sido la famosa «Historia del Emperador Carlo Magno,» atribuída falsamente á Mr. Jean Turpin, Arzobispo de Reims en el siglo VII, y traducida al castellano por Nicolás Piamonte, cuya traducción, impresa primeramente en Sevilla el año de 1524,<sup>3</sup> fué reimpressa repetidas veces y continúa siéndolo todavía hoy.

El «Nuevo Robinsón» es una imitación del «Robinsón Crusoe,» la obra magistral de Daniel de Foe, publicada en Londres, el año de 1719, y en la cual el autor, al describir la vida de un náufrago arribado á una isla solitaria, expone admirablemente las necesidades múltiples del hombre y el poder omnímodo de éste sobre las fuerzas de la naturaleza, que de pronto parecen indomables; pero como Campe escribió su imitación para los niños, juzgó necesario variar el orden de la obra original, suprimir varias partes, añadir otras y adoptar la cansada forma del diálogo, que con sus frecuentes interrupciones, destruye á la vez la unidad y el interés del relato. No es, así, extraño que, á pesar de que el «Nuevo Robinsón» alcanzó en Alemania centenares de ediciones y fué traducido á todas las

1 Declaración, citada, de doña Francisca Fernández.—Mariano Labra. Avalúo que de orden del Sr. Intendente de esta Capital, D. Ramón Gutiérrez del Mazo, hace de los muebles (pertenecientes á doña Leona Vicario), que le ha manifestado el Dr. D. Agustín Pomposo Fernández de San Salvador en la casa número 19 de la calle de Don Juan Manuel. 23 de septiembre de 1816. En causa citada, instruída contra la misma Leona.

2 Declaración susodicha de doña Francisca Fernández.—Confesión con cargos, citada, de la misma Leona.

3 El eruditísimo don Diego Clemencín, en su edición del Quijote, publicada en Madrid el año de 1833, cita una edición de la «Historia del Emperador Carlo Magno» hecha en 1528, como la primera (Parte I, tomo I, pág. 118), por no haber conocido la que indicamos arriba.—Véase Francisco Escudero y Perosso. «Tipografía Hispalense.» Madrid, 1894. Pag. 157.

lenguas del resto de Europa, de Turquía y Grecia, viera Leona en él «una cosa muy fría.»<sup>1</sup>

Es inverisímil que Leona leyese todas las obras de Feijoo, encerradas en numerosos tomos; por otra parte, únicamente nos consta que leía el tomo VII del «Theatro Crítico Universal, ó Discursos Varios en todo genero de materias, para desengaño de errores comunes,» mejor dicho, que Leona copiaba «de su puño y letra» alguno de sus discursos,<sup>2</sup> quizá el que trata de las causas del amor, afecto que describe el austero Feijoo como el primer móvil de todas las acciones humanas, príncipe de todas las pasiones; monarca, cuyo vasto imperio no reconoce en la tierra ningunos límites, máquina con que se revuelven y trastornan reinos enteros, ídolo que en todas las religiones tiene adoradores, astro fatal, en fin, de cuya influencia pende la fortuna de todos, pues, según sus varios aspectos (quiere decir el autor, según su mira á objetos diferentes), á unos hace eternamente dichosos, á otros eternamente infelices. Razón tenía Leona para leer á Feijoo, el sabio entre los sabios de España del siglo XVIII, que escribió acerca de todas las ciencias y de todas las artes, y que, con espíritu sobremanera avanzado, combatió las rutinas, las preocupaciones, los errores y las supersticiones, que tanto entorpecen y retardan la marcha del progreso humano; sinceramente compadecido Feijoo de los débiles y de los postergados, escribió luminosas defensas en favor de las mujeres en general y de los criollos de América, vistos injustamente por España como seres inferiores: Leona, que, por la conciencia de su propio valer, debía abrigar un elevado concepto de las demás mujeres, y que, por el amor que profesaba á sus compatriotas, debía juzgarlos iguales, si no superiores á los otros hombres, leía con muy grande agrado seguramente á quienquiera que defendía á unas y á otros, máxime cuando casi nadie lo intentaba y el defensor era uno de los pensadores más eminentes de su época.

«Clara Harlowe,» por Samuel Richardson, publicada la primera vez en Londres, á mediados del siglo XVIII, alcanzó una aceptación universal y la conservó durante largos lustros, no obstante ser muy extensa, estar escrita en monótona forma epistolar y adolecer de repeticiones frecuentes. Sus protagonistas son dos: Clara Harlowe y Roberto Lovelace. Clara es un dechado de perfecciones, ó, como dice el autor, honra de su sexo y ornamento de la naturaleza humana, á quien nadie excede en juicio y conocimientos, ni igua-

<sup>1</sup> Declaración, citada, de doña Francisca Fernández.

<sup>2</sup> Confesión con cargos, citada, de la misma Leona.

la en urbanidad, discreción, duizura, caridad, piedad y demás virtudes posibles, realizadas todas por una modestia y una humildad extraordinarias, que no le impiden, sin embargo, aunar á ellas una rara presencia de espíritu y una incommovible fuerza de carácter. En Roberto, por lo contrario, se encarna un ideal luciferesco de maldad; licencioso profesionista, seduce sin pasión, sólo por satisfacer su vanidad desmedida; desprovisto de todo sentimiento blando, se enorgullece monstruosamente de su perversidad: no recuerda haber sido honrado alguna vez, y efectivamente no lo fué nunca. Enamora á Clara, y ésta, aunque en un principio le corresponde, pronto lo rechaza, no por malo, sino sencillamente porque sus deudos, los Harlowe, se oponen tenazmente á aquellas relaciones amorosas, como verdaderos ingleses de voluntad dura y obstinada. Roberto, que, á pesar de todo, no es un falso inglés, persiste en su empeño con perseverancia inquebrantable, y, para realizarlo, sostiene pacientemente una bien meditada campaña de comedias é intrigas, en las que se reserva el primer papel de rendido y noble enamorado, y da los secundarios, de parientes suyos y damas honorables, á ramerías y lenonas de la peor ralea; logra así que Clara abandone su casa y huya con él á una falsa hostelería, donde la deshonor sin el más leve miramiento, acallando de antemano toda «inoportuna compasión,» azuzado ferozmente por su vanidad inaudita, por el deseo de vengarse de la familia Harlowe, por odio hacia la misma Clara, que lo había rechazado, y por un poco también de apetito sexual libertino. Tan horrendo era el crimen, que el propio Roberto se espanta, cosa increíble, y trata de remediarlo con un casamiento, sin parar mientes en que los demonios jamás pueden unirse á los ángeles. Clara, con una resolución heroica que la hace enteramente digna de sus compatriotas, para quienes el carácter es la virtud suprema, no acepta aquel enlace, á pesar de que no tiene otro medio de recuperar su honor perdido, la prenda más cara de toda mujer virtuosa, y opta por condenarse para siempre á una vida de cruento martirio. Felizmente el autor ama demasiado á esta hija predilecta de su imaginación, y pronto la hace morir muy santamente, y ascender al reino de Dios en demanda del justo premio de su honradez, y gozarlo allí por los siglos de los siglos. Desenlace tan imprevisto, disgustó á muchas lectoras que habían rogado ya á Richardson les permitiese ver dichosa á Clara, en este mundo terreno, casada con Lovelace, previamente reformado, por supuesto; pero el autor detestaba los desenlaces vulgares, y no accedió á las reiteradas súplicas de sus tiernas lectoras; limitóse á matar de modo trágico á Roberto, conforme lo exigían las bue-

nas reglas de la novela de entonces, que era peligroso transgredir. Despechadas hondamente aquellas lectoras, osaron decir que encontraban muy frío el amor de Clara y demasiado larga la novela; mas el autor les contestó en seguida que no convenía á la castidad de Clara que sintiera amor, «sino tan sólo afición,» y que, de acuerdo con los fallos ya ejecutoriados de los mejores jueces en punto de composición y gusto literarios, si las obras fastidiosas se tenían siempre por tales, aunque no fuesen más largas que los cuentos de viejas, las obras que mantenían en expectativa al lector, causaban mayor placer, mientras más extensas fuesen. El autor tenía razón probablemente, pues casi todas las personas cultas de la tierra siguieron leyendo con interés su obra, hasta que la observación exacta y fiel de la naturaleza vino á substituir, en el arte literario, á las libres elucubraciones de la fantasía exaltada, para presentar cuadros fecundos en emociones, por su verdad, en cambio de los de la vieja escuela, desoladoramente estériles, por su inverisimilitud. «Clara Harlowe» figuró al lado de la «Atala» y de la «Diana Enamorada» en las reducidísimas y excepcionales bibliotecas de las damas de la Nueva España.<sup>1</sup> Leona, al leerla, debió encontrar no pocos rasgos de semejanza entre el carácter de la protagonista y el suyo propio.

«La Huerfanita Inglesa» es una novela sin mérito, que Mr. Pierre-Antoine de La Place imitó de la escritora inglesa Miss Sara Fielding y publicó en Francia hacia 1751; presenta como protagonista á Carlota Summers, hija de un matrimonio que había brillado en el mundo, y la cual quedó huérfana desde muy niña y enteramente pobre y sola, por lo que fué entregada á la caridad de su Parroquia. Poco después la encuentra vagando por la calle Lady Bountiful, que repentinamente siente por ella una simpatía muy viva, y al fin la lleva á su casa, donde confía su educación á Mistress Eggelstone, de alma envidiosa y ruin. Pronto la adversidad comienza á herir de nuevo á la Huerfanita, que, tras de otras penas crueles, sufre la de verse despedida por Lady Bountiful, á causa de una calumnia de aquella institutriz; pero Dios no abandona á la inocencia, ni menos tolera que sea abatida para siempre: así que dispuso que se descubriera la grosera calumnia de Mistress Eggelstone, y Lady Bountiful recogiese por segunda vez á la Huerfanita y con mayor estimación que antes. Sir Robert, apuesto y generoso joven, hijo único de Lady Bountiful se enamora apasionadamente de la Huer-

<sup>1</sup> J. Fernández de Lizardi. La Quixotita citada. Pág. 159.

fanita, púber ya y muy bella, que, aunque no puede menos que amar-lo también, resuelve abnegadamente no entablar relaciones con él, porque comprende que disgustarían á su protectora, que puntualmente trataba entonces de casar á su hijo con otra joven noble y rica; sólo la gratitud inspira á la Huerfanita la determinación de huír de la casa donde había hallado familia y bienestar. No vacila un instante en ejecutar su noble resolución, y apenas sale de allí, entra en un calvario de trabajos, fatigas, penurias, robos, asaltos, persecuciones y prisiones sin cuento, bastantes á acabar no sólo con el honor, sino aún con la vida de la doncella más fuerte; sin embargo, dejan enteramente ilesa á la Huerfanita, que todo lo vence, amparada de su virtud y de la ayuda del Cielo, y llega, en fin, á casarse con el preferido de su alma, Sir Robert, y á disfrutar de incontables días de inalterable ventura, á que tenía sobrado derecho por sus padecimientos infinitos. Verdad es que para poner semejante desenlace, el autor se ve obligado á resucitar á los padres de la heroína, después de haber hecho creer que estaban irremisiblemente muertos; pero esta pueril mentira no es sino una de tantas inverisimilitudes en que abunda la obra de Mr. La Place. Réstanos decir que «La Huerfanita Inglesa» está plagada de transiciones, digresiones y episodios inútiles, y que una buena parte de ella se compone de discursos amanerados, que sus personajes, sin distinción de sexos, edades ni condiciones, pronuncian idénticamente, cada vez que hablan, como si á todos animara un mismo cerebro: circunstancias que por sí solas, aparte de otras muchas, bastan con exceso para cansar y aburrir á los más pacientes lectores, no obstante el laudable empeño que muestra en contrario continuamente Mr. La Place. Por no sernos posible poner en tela de juicio el buen gusto literario de Leona, pensamos que no encontraba en este libro más aliciente que ser la protagonista huérfana y bondadosa como ella.

Leona leía con predilección «Las Aventuras de Telémaco,» por Fenelón, escritor de moral sana, austera y rígida, espíritu poderoso, libre y sincero é imaginación fácil, brillante y fascinadora; que puso toda su alma al servicio de la Francia, su patria, duramente oprimida por el despotismo absoluto, y cuyo ideal constante fué llegar á verla reformada y venturosa algún día. Esperando que más tarde la gobernase el Duque de Bourgogne, lo convirtió, de acre, áspero, impaciente, voluntarioso y colérico, que era, en afable, dulce, sosegado reprimido y humilde.

Para este hijo de su inteligencia y de su voluntad soberanas, compuso «Las Aventuras de Telémaco,» publicadas en París, el año

de 1699, por Claude Barbin, y reimpresas veinte veces por lo menos el mismo año, éxito asombroso debido á la bellísima forma y al fondo trascendental de la obra, que, escrita en estilo de maravilloso encanto, encerraba una censura muy justificada de aquel despotismo político, contra el cual nadie había osado levantar la voz, y novísimas doctrinas socialistas, casi de nadie conocidas, como la concerniente al igual repartimiento de tierras entre las familias de cada país, con la taxativa de que ninguna obtuviese «sino la extensión necesaria» para alimentar al número de personas de que se formara, sistema que impediría á los nobles, decía el autor, adquirir las propiedades de los pobres: Fenelón era un aristócrata, á pesar suyo, y, consiguientemente, no podía concebir la supresión de clases.

El argumento de «Las Aventuras» es muy sencillo. Telémaco, joven aún y acompañado del anciano Mentor, bajo cuya figura se oculta la omniscia Minerva, abandona sus lares para buscar á su padre Ulises, ausente de ellos desde hacía largo tiempo; como no lo encuentra, y tampoco quiere regresar sin él, recorre muchas tierras y poblaciones, y tiene oportunidad, así, de observar distintos usos y costumbres y de conocer prácticamente los mejores sistemas de gobierno, guiado siempre por Mentor, que á cada paso lo instruye con su sabiduría divina; al propio tiempo, Telémaco ejercita el recio arte de la guerra, sufre trabajos, fatigas y contrariedades, y aun llega hasta perder su libertad y servir como esclavo. De tal suerte, desarrolla su espíritu y disciplina y fortalece su cuerpo.

Cuando al fin Telémaco vuelve á sus lares, está ya en aptitud de suceder con acierto á su padre Ulises en el reino de Itaca, porque ha aprendido perfectamente que el arte de gobernar bien consiste en hacer producir á las tierras abundantes frutos; en mantener rigurosamente la paz y el orden públicos; en reprimir á la maldad audaz, y en sostener á la inocencia tímida, condiciones ambas de la buena administración de justicia; en educar á los niños habituándolos á la obediencia, al trabajo, á la sobriedad, al amor por las ciencias, las letras y las artes, al desinterés, al honor, á la fidelidad hacia los hombres y al temor hacia los dioses; en no intentar hacer todo por sí mismo en el gobierno con la vanidosa ilusión de demostrar una capacidad absurda, sino limitarse á dirigir prudentemente á los empleados públicos, y á escogerlos y colocarlos según sus talentos, y á no dejarlos de vigilar, experimentar, moderar, cambiar de puestos, corregir, alentar, ascender y mantener constantemente bajo la mano; en seguir el parecer de los hombres hon-

rados, que no temen decir la verdad, aunque enojen á los que mandan, y en cerrar los oídos á la corrompida adulación de cuantos están dispuestos á obrar contra el honor y la conciencia, á fin de satisfacer las pasiones de quienes pueden gratificarlos; en preferir los resultados puros, dulces y amables de una administración tranquila, á los éxitos azarosos de la guerra, que sólo se alcanzan con la devastación de los campos y el derramamiento de la sangre humana; en abominar del lujo, al cual llama Fenelón vicio engendrador de necesidades fútiles, que quita á la pobreza su carácter digno y respetable para hacerla vergonzosa é infamante, y distraer innumerables brazos de las benéficas labores agrícolas para consagrarlos á producir refinamientos de voluptuosidad, que afemeninan á los ricos, contagian á los demás y acaban por corromper y arruinar á la nación entera; en no aumentar ávidamente los impuestos, ni gravar con ellos á los súbditos más diligentes, sino á los más perezosos, en especial á los que descuiden sus tierras, que deben ser vistos como desertores de los campos del combate; en premiar á las familias que al multiplicarse ensanchen en proporción el cultivo de sus propiedades, medio eficaz de que los súbditos aumenten prósperamente y se consagren al trabajo, satisfechos y entusiastas, y honren el arado las mismas manos victoriosas que hayan defendido á la patria; en armarse, por último, de una energía, una perseverancia y una abnegación inmensa, para renunciar al propio bienestar y cuidar solamente de la felicidad del pueblo, procurándole los mayores bienes y librándolo aún de los menores males.

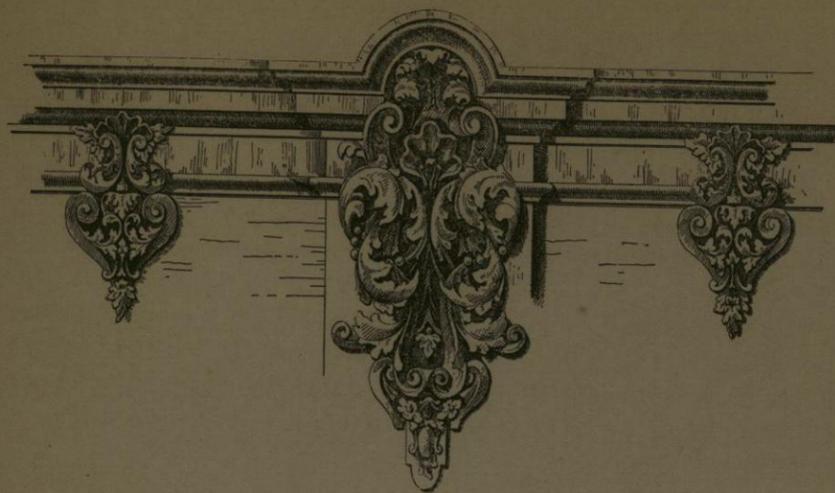
No es posible dudar de que Telémaco (léase el Duque de Borgoña) hará todo esto en Itaca (léase Francia), porque ha aprendido, además, que sólo así ligará á sus súbditos indefectiblemente con el lazo de la adhesión, mucho más fuerte que el del temor, y conseguirá que todos no quieran nunca que desaparezca, se adelanten á obedecer sus órdenes, lo coloquen dentro de sus corazones, den su vida por él, si fuere necesario, y, cuando muera, sientan que han perdido á su mejor amigo, á su protector, á su padre.

Tan sencillas verdades dichas á su tiempo y sazón con espontánea fluidez y graciosa elegancia, en los libros brevísimos de «Las Aventuras de Telémaco,» impresionaban indudablemente de manera intensa á Leona, que también alentaba un ideal de reforma política para su patria. ¿Pensaba Leona que era un excelente medio de realizarlo, la divulgación de esas verdades seductoras? Únicamente sabemos que traducía al castellano «Las Aventuras de Telé-

maco,» 1 á excusas de todos, y no para adquirir nombre literario, pues su modestia excesiva no le permitía tolerar ni el solo pensamiento de que llegasen á llamarla «Bachillera.» 2

1 Declaración, citada, de doña Francisca Fernández.

2 Declaración, citada, de doña Mariana Fernández.



## CAPÍTULO VI.

DON OCTAVIANO OBREGÓN.

Leona era de estatura regular, robusta y bien formada; movimientos graciosos; rostro lleno, afable y sonrosado; frente ancha, alta y vertical; cejas muy delgadas; ojos grandes, negros, de mirar luminoso, firme y enérgico; nariz fina y correcta, y boca pequeña y sonriente; 1 don Carlos María de Bustamante nos dice que «la naturaleza no le había negado un personal airoso y distinguido.» 2

Leona vestía con elegante distinción; tenemos una noticia muy incompleta de su guardarropa, 3 pero que, sin embargo, nos hace saber que Leona usaba gorras de raso blanco y listones morados; sobretúnicos de gasa azul de Italia, guarnecidos de fleco y lente-

1 Véase el retrato que reproducimos.—Consúltese á J. M. Sánchez de la Barquera. Biografía citada. Pág. 2.

2 Necrología citada.

3 En la Razón citada, que formó don Agustín Pomposo, desgraciadamente después de que había desaparecido, por robo tal vez, «la mucha ropa fina» que Leona tenía.